

Liberal en todas las cosas, prestó también Paulo III repetidas veces, á hombres doctos, preciosos libros de su biblioteca particular, ó les facilitó el uso de raros manuscritos de bibliotecas extranjeras (1). En este concepto merecen asimismo mención los numerosísimos privilegios de impresión con los cuales favoreció Paulo III los trabajos de diferentes literatos y eruditos (2).

El número de las obras impresas y manuscritas, dedicadas al Papa Farnese por escritores, así italianos, como alemanes (3) y franceses (4), es por extremo grande. Muchas quedan ya mencionadas, y los límites de nuestro trabajo nos vedan enumerar todas las demás (5). Baste indicar, que las producciones de la bella literatura quedan relegadas á segundo término por las obras teológicas; el siglo de oro del Renacimiento había pasado. Las obras teológicas dedicadas á Paulo III tienen casi todas conexión con las grandes luchas provocadas por los novadores religiosos (6), y aun en aquellas en que esto no sucede, los autores hacen indirectamente referencia, las más veces, á los acaecimientos de la época, particularmente al Concilio, en el cual se habían colocado las mayores esperanzas (7).

Entre las dedicatorias de muchos otros escritos, merece particular mención la obra de Nicolás Copérnico «Sobre las revoluciones de los cuerpos celestes». Hacía ya mucho tiempo que se tenía en Roma noticia de los resultados de las trascendentales investigaciones del creador de la Astronomía moderna; pues, ya en 1533, Alberto Widmanstetter había explicado á Clemente VII

(1) Cf. Quirini, *Imago* 3 s.

(2) Los documentos para eso, que hay en los *Min. brev. del *Archivo secreto pontificio*, son tan numerosos, que he de publicarlos en otro lugar.

(3) Por ejemplo, por Fabri (v. vol. XI, p. 103), Nausea (v. Metzners *Monographie* 76-77), Eck (Raynald 1536, n. 39), Cochläus (v. *Zeitschr. für Kirchengesch.* XVIII, 265) y otros.

(4) Pertenece á este lugar *Martini Brionaei Parisiens. *Descriptio totius terrae sanctae*. Cod. Vat. 5536 de la *Biblioteca Vaticana*.

(5) Cf. en general Ciaconius III, 544, 553, 556. De las obras inéditas, citaremos todavía las siguientes: *Cod. Vat. 3676: *Libellus de reformat. civit. Perusinae symbolice descriptus*; 3718: A. Lippomani, *Apologia primatus Petri et successorum*. *Biblioteca Vaticana*.

(6) Cf. arriba p. 434. De muchos escritos pertenecientes á este lugar tratará Lauchert en «*Luthers italienische Gegner*».

(7) Esto se verifica especialmente en el escrito del General de los servitas, Augustinus de Aretio: **Conversio Pauli*, que se halla en el Cod. Vat. 3638 (ejemplar original dedicado al Papa).

el nuevo sistema cosmográfico en los jardines del Vaticano (1); y sino entonces mismo, Paulo III alcanzó ciertamente conocimiento por menor de él, por medio del cardenal Schönberg, quien el año 1536 pidió á Copérnico una traslación de la obra de su vida. Por consejo del obispo de Kulm, Tiedemann Giese, dedicó Copérnico á Paulo III, su obra, que abría una nueva era. En su dedicatoria pone de relieve que, aun en el apartado rincón donde él vive, goza el Papa de extraordinaria estima, en términos que, por medio de su autoridad y juicio, podría él fácilmente reducir al silencio las lenguas de sus calumniadores. «Si de todo punto no me engaño, continúa escribiendo Copérnico, me parece que éste mi trabajo ha de ser de utilidad también á la Iglesia universal, cuyo supremo gobierno está en vuestras manos.»

Mientras muchos teólogos protestantes, y al frente de ellos Lutero, que calificó á Copérnico de necio, y aun el mismo erudito Melancton, combatían agriamente el nuevo sistema, como si estuviese en contradicción con la Biblia, la obra trascendental del canónigo de Frauenburg se pudo imprimir en 1543 con una dedicatoria á Paulo III (2).

2

De importancia incomparablemente mayor que el literario, es el mecenazgo artístico de Paulo III, á quien por esta causa se ha llamado el último de los grandes papas del Renacimiento (3). Por ventura se dice con eso demasiado, pues el Papa Farnese no puede parangonarse con los grandes mecenas de la Edad de oro, por más que en algunas cosas traiga á la memoria á Julio II por su

(1) Cf. v. Braunmühl, *Kopernikus und sein Weltsystem* (1896). Sobre Juan Alberto Widmanstetter y su comunicación con Paulo III, v. la monografía de M. Müller (Bamberg 1908) p. 26, 29.

(2) V. Prowe, *N. Kopernikus I*, 2, Berlin 1883, 495 s.; Hipler, *N. Kopernikus und M. Luther*, Braunsberg 1868; Müller, *N. Kopernikus*, Freiburg 1898; Janssen-Pastor III^a, 330 s.; Costanzi, *La chiesa e le dottrine Copernicane*, Siena 1898, 103 ss., 109 s., Willmann, *Gesch. des Idealismus III*, 59 s., Giggalski, *N. Kopernikus*, Allenstein 1907. Kraus (Dante 754) pone de relieve, que Paulo III aceptó la dedicatoria de la edición de la *Divina Comedia*, de Vellutello (1544).

(3) Salza en el *Giorn. d. lett. Ital.* XLIII, 200.

energía y extensa previsión (1); y en todo caso, á pesar de la situación por extremo difícil en que se hallaba la Santa Sede, conservó, según sus fuerzas, su primado de la cultura en el terreno de las artes. Sólo considerando que la época del florecimiento había ya pasado cuando él subió al trono, y teniendo presentes las profundas consecuencias del *sacco*, se puede formar el recto criterio para apreciar el fecundo otoño que acertó á producir para las artes aquel varón enérgico y de exquisita cultura. También aquí se muestra ciertamente el carácter de transición que se halla impreso en todo su pontificado, el cual está como en los confines entre la alteza y la decadencia. Esta decadencia se hacía sentir entonces aun en los mejores; íbanse desvaneciendo la originalidad y naturalidad de la producción: la edad de oro había terminado. Con todo eso ilumina un resplandor brillante la actividad del enérgico Papa Farnese, el cual volvió á reunir en la Ciudad Eterna á los artistas de los papas Médici, y supo estimularlos al trabajo por muy diferentes maneras. Verdad es que Paulo III no halló quien substituyese á Rafael, «al único»; pero al mayor de todos los artistas que vivían aún, á Miguel Angel, supo estimarlo mejor, y utilizarlo con más acierto, que sus dos predecesores (2).

No fué empresa fácil para el Papa ganarse al titán: poco después de la muerte de Clemente VII había Miguel Angel regresado á Roma, y, según refiere su biógrafo Condivi, quería entonces llevar finalmente á término el monumento sepulcral de Julio II. Adquirir nuevos compromisos, ponerse en una situación de dependencia, estaba tan lejos del ánimo de aquel artista, que se hallaba ya en los umbrales de la senectud, que á la noticia de que el nuevo Papa quería ponerle en el número de sus familiares, se espantó, y por efecto de ello se mantuvo alejado de la Corte. Pero Paulo III supo hallarle, supo deshacer sus dificultades y atraerlo á su servicio. «Hace treinta años (parece haberle dicho) alimento el deseo de darte ocupación; y ahora que soy Papa ¿habré de renunciar á su cumplimiento? ¿Dónde está el contrato? Quiero hacerlo pedazos», replicó, cuando Miguel Angel alegó sus

(1) Es una exageración que sobrepujase á Julio II, como lo cree H. Borja en su *epigrama De Pauli P. M. aedificiis (Cod. Barb. lat. 1903, f. 38 de la *Biblioteca Vaticana*.

(2) Este juicio que ha emitido Reumont (III, 2, 716, 728), 1870, ha sido enteramente confirmado por las investigaciones modernas.

obligaciones contraídas acerca del sepulcro de Julio II (1). Estas palabras se dijeron por ventura en la visita que el Papa, seguido de una brillante comitiva de cardenales y prelados, hizo al artista en su modesta casa, en el Macel de' Corvi (2), no lejos de la columna de Trajano (3). En el taller contempló Paulo III trabajos para la tumba del Papa Róvere, y el cartón del Juicio final que Clemente VII le había encargado para la Capilla sixtina (3).

En atención al extraordinario boceto, y á la firme voluntad de Paulo III, cedió Miguel Angel y entró al servicio del Papa Farnese; el cual, como hombre político, sabía bien que las cosas grandes salen del mejor modo en manos de uno que esté adornado de entera autoridad y responsabilidad (4); por lo cual creó al maestro una posición, la más honrosa, influyente y aventajada que apenas se podía imaginar. Por un breve de 1.º de Septiembre de 1535, recibió á Miguel Angel entre sus familiares, le nombró superior arquitecto, escultor y pintor del Palacio Vaticano y, por la ejecución del Juicio final le asignó una renta vitalicia de 1200 ducados (5). En adelante, el maestro, que, como en aquel breve se dice, por la plenitud de sus facultades é inteligencia, no sólo igualaba á los antiguos, pero aun los sobrepujaba, no debía ser impedido por ninguna otra obligación, de servir al Supremo Jefe de la Iglesia; un Motuproprio de 17 de Noviembre de 1536 declaró á Miguel Angel libre de toda deuda, negligencia ó pena respecto á los herederos de Julio II, por cuanto se le había obligado á trabajar, como en otro tiempo para Clemente VII, así ahora para Paulo III, y llevar al cabo el Juicio final (6). Además de esta obra colosal se hicieron á poco al maestro otros encargos, y hay que agradecer á Paulo III, que venciera en esta parte su mar-

(1) V. Condivi, ed. Frey 150; Steinmann, Sixtina II, 480.

(2) Cf. Steinmann II, 469 s.; Lanciani, Renaissance 185 s.

(3) Cf. nuestros datos del vol. X, p. 267.

(4) Justi, Michelangelo 322.

(5) Este breve publicado primeramente por Cancellieri (Descriz. delle capelle pontif., Roma 1790, 82 s.) ha sido impreso con la mayor corrección por Pogatscher en Steinmann II, 742 s. según el borrador del *Archivio segreto pontificio*; aquí también está el segundo breve de 1 de Septiembre de 1535 sobre la concesión del Passus Padi junto á Plasencia. Esta renta le fué disputada al maestro repetidas veces, y después del asesinato de Pier Luigi le fué sustraída enteramente por el erario imperial. Paulo III resarcio á Miguel Angel con las rentas de una cancellería en Rímni (v. Frey, Briefe 343, 349).

(6) También este documento lo editó por primera vez Cancellieri (loc. cit. 85 s.) y recientemente lo ha publicado corregido Pogatscher (loc. cit. 748 s.)

cada inclinación á su familia; pues, aun cuando se continuó la construcción del Palacio Farnese, pasó á segundo término en comparación de las grandes empresas acometidas en provecho de la Ciudad y de la Iglesia (1). Por efecto de los nuevos encargos que se hicieron á Miguel Angel, vino éste á brillar, no sólo á la cabeza de los pintores, sino también de los arquitectos.

Entre los arquitectos, por extremo numerosos, á quienes dió ocupación Paulo III (2), sólo hubo dos que pudieran disputar á Miguel Angel la primacía: Antonio da Sangallo y Baltasar Peruzzi. Este, empleado ya en los reinados de León X y Clemente VII, como arquitecto en la nueva construcción de San Pedro (3), fué confirmado ya á 1.º de Diciembre de 1534 en aquel honroso empleo, y su sueldo anual se elevó desde 150 ducados de oro á una cantidad doble (4). La dirección superior de los trabajos en la basílica del Príncipe de los Apóstoles, continuó en manos de Antonio da Sangallo, á quien León X, después de la muerte de Rafael, había confiado dicho cargo de por vida. A Clemente VII debió además Sangallo el empleo de arquitecto principal de las ciudades de Ancona y Loreto. Paulo III, que ya siendo cardenal había ocupado y distinguido muchas veces á aquel artista (5), confirmóle á 28 de Mayo de 1536 en dichos empleos suyos, y al propio tiempo le nombró arquitecto de todas las construcciones de los Estados de la Iglesia, con un sueldo anual de 720 ducados por junto (6). De ésta (hasta ahora ignorada) desigualdad de los sueldos, se colige con toda claridad, que Miguel Angel obtuvo desde el principio el primer lugar entre los artistas ocupados por Paulo III. A la verdad, no faltaron rozamientos, y si bien Pe-

(1) Justi, Michelangelo 322, quien observa: «Aquí se ve también, cómo muchas veces el arte prospera más bajo un inteligente político, que bajo aficionados, amigos de complacerse á sí mismos. (cf. Mackowsky 231).

(2) Antonio Abbaco, Vignola, Serlio, Baronino da Casale; Galeazzo Alessi y otros numerosos citados en las *cuentas de Paulo III. Los libros de cuentas del papa Farnese han sido muchas veces utilizados para la historia del arte (cf. Pogatscher en Steinmann II, 763 s.), pero aún ofrecen nueva y variada utilidad y provecho. Por la bondad del barón v. Geymüller pude utilizar numerosos extractos de los mismos, hechos por Müntz.

(3) V. nuestros datos del vol. VIII, p. 288 y vol. X, p. 255.

(4) V. el texto del breve correspondiente, hasta ahora desconocido, en el apéndice n.º 6. *Archivo secreto pontificio*.

(5) Cf. Atti Mod. II, 471 s.

(6) V. el texto del *documento, que igualmente estaba hasta ahora desconocido, en el apéndice n.º 20. *Archivo secreto pontificio*.

ruzzi murió luego á principios de Enero de 1537, Sangallo vivió todavía y trabajó incansablemente hasta el otoño de 1546, y chocó repetidas veces de una manera hostil con Miguel Angel. Esto aconteció principalmente respecto de las obras de fortificación que proyectaba el Papa para seguridad de la Ciudad Eterna.

Por mucho tiempo se ha creído, que el móvil que decidió á Paulo III á emprender la fortificación de Roma, había sido el temor de ver repetirse la horrible situación en que se vió su predecesor. Era necesario que la residencia del Supremo Jeraarca de la Iglesia se pusiera á salvo, en lo futuro, de un asalto como el que había sufrido de los Colonna y de Borbón (1). Por ventura semejantes consideraciones no dejaron de influir en la resolución de Paulo III, que había sido testigo de aquellos terribles acaecimientos; pero la causa principal fué, sin embargo, otra diferente. A vista del peligro de los turcos, que amenazaba cada día más gravemente desde el año 1537, y ante el cual temblaba toda Italia (2), Roma no pareció suficientemente asegurada contra un repentino acometimiento de los piratas mahometanos. El jurista de Francfort, Fichard, que visitó la Ciudad en otoño de 1535, advirtió que las torres de la antigua muralla aureliana estaban en muchas partes del todo arruinadas, ó amenazaban venirse á tierra (3). A esto se debía poner remedio, y ciertamente de una manera fundamental. Los anteriores papas de la época del Renacimiento, se habían contentado (como lo atestiguan todavía al presente sus armas é inscripciones) con la reparación de algunas partes especialmente deterioradas del amplio cinturón de murallas; pero Paulo III no se dió por satisfecho con semejantes restauraciones: era preciso asegurar de una vez para siempre toda la Ciudad de una y otra ribera del Tíber, con un grandioso sistema de nuevas fortificaciones, aprovechando para ello todos los adelantos que ofrecía el moderno arte de fortificación. Celebráronse largas y detenidas deliberaciones con los más hábiles arquitectos, ingenieros y generales experimentados en la guerra,

(1) Así lo ha creído Reumont (III, 2, 718) y recientemente todavía Mackowsky (p. 313). La verdadera causa la ha reconocido el primero, en 1880, el dominico Guglielmotti (*Fortificazioni* 320 s.), muy benemérito por la investigación de todas estas cosas.

(2) Cf. nuestros datos vol. XI, p. 237 s.

(3) V. Fichard, Italia 16.

en las cuales tomaron parte el mismo Papa y Pedro Luis Farnese; y su resultado fué admitir el plan propuesto por Antonio da Sangallo, heredero de un gran nombre y de una larga tradición. Si aquel plan llegaba á ponerse completamente por obra, Roma debía venir á ser la más fuerte ciudad del mundo. A Sangallo, á quien en tiempo de Clemente VII se había confiado la construcción de fortificaciones en Ancona, Florencia y otros muchos lugares de los Estados Pontificios, se dió la dirección superior de las obras (1). Paulo III había puesto á prueba su habilidad como arquitecto militar ya antes de su elección, y luego en el año de 1534 en la fortificación de los baluartes de Ancona.

Cuán á pechos tomara Sangallo su incumbencia, lo manifiestan todavía el día de hoy los muchos planos y dibujos suyos que se conservan en los Uffici de Florencia; hojas preciosas que las recientes investigaciones han hecho del dominio público, reproduciéndolas por medio de diseños dignos de agradecer (2).

Conforme á los bien meditados planes de Sangallo, debía rodearse toda la Ciudad con una robusta muralla corrida, provista de no menos que 18 poderosos bastiones; y fuera de esto se habían de colocar dos ciudadelas de particular grandeza, en los prados al norte del Castillo de Santángelo, y en el extremo opuesto cerca de Letrán. En general, se pensaba conservar las murallas de Aureliano, y sólo en dos parajes se proyectaba un empujeamiento del, por lo demás, excesivamente extendido circuito de la Ciudad: en el Aventino se debía seguir el curso de los muros servilianos y, por consiguiente, dejar fuera el campo del Testaccio. Desde el Pincio, que Sangallo pensaba defender con dos bastiones, uno en el terreno de la posterior Villa Médici, y otro junto á la Plaza del Popolo, se había de extender un nuevo cinturón de muros por la actual Via della Croce hacia el Mausoleo de Augusto, el cual se había de comprender en las obras de defensa. En

(1) Cf. el breve de 1 de Enero de 1538, que han publicado primero Müntz en la Rev. archéol. VIII, 329, y luego Clausee (II, 340 s.) y Rocchi (p. 230 s.). V. además en el apéndice n.º 27 a el breve de 14 de Enero de 1538. *Archivio segreto pontificio*.

(2) Además del excelente artículo de Hülsen, publicado en el Bull. de Ist. arch. Germ. IX (1894) 328 s., cf. ahora la gran publicación de Rocchi: *Le piante iconografiche* 175 s. y la lámina 29-49 del atlas, que pertenece á este propósito, v. también Ravioli, *Notizie sui lavori di architett. milit. dei nove Sangallo* 13 s., Müntz en la Rev. archéol. VIII, 321 s.

el Castillo de Santángelo quería Sangallo robustecer todavía con otras nuevas, las obras avanzadas dispuestas por Alejandro VI.

El anciano Papa (dice Amaseo en su oración fúnebre) no podía esperar que llevaría á término durante su pontificado una obra tan extendida; pero quería emprenderla con magnanimidad para preceder con su ejemplo á sus sucesores (1). De las cuentas conservadas, por desgracia no completamente, en el Archivo público de Roma, se colige cuán gran número de ingenieros y arquitectos fueron llamados para la ejecución de aquel grandioso plan; entre ellos también el hermano de Antonio, Juan Bautista, llamado Il Gobbo, y Juan Mangone, constructor del palacio del cardenal Armellini en Perusa. Tuvo el empleo de Comisario general de las fortificaciones Próspero Mochi, el cual tuvo al corriente, con sus cartas, del progreso de los trabajos, á Pedro Luis Farnese, que frecuentemente se ausentaba de Roma. También el célebre arquitecto militar Francisco de Marchi estuvo ocupado en la nivelación del terreno (2).

El comienzo de los trabajos, en los cuales salieron á luz numerosos é importantes restos de la Antigüedad (3), había tenido ya lugar en el otoño de 1537, según lo declaran las cuentas; y se les dió principio á un mismo tiempo por el Aventino, junto á San Sabas, y junto á la puerta Ardeatina (4). Desde la pendiente sudoeste del Aventino, se descubren todavía hoy, en el bastión de Paulo III, las armas en mármol blanco, por desgracia malamente deterioradas, del Papa Farnese, obra de un escultor florentino por nombre Lorenzo, en la Via della Marmorata que conduce á la Porta S. Paolo. Aquel bastión, que lleva el nombre de La Colonnella, es bien conocido de todos los que van en peregrinación

(1) Amasaeus 77.

(2) V. Rocchi 225 ss., 250 ss.; Fr. de Marchi, *Architett. milit.*, ed. L. Marini, Roma 1810; Venturi, *Vita e opere di Fr. Marchi*, Milano 1816; Borgatti en la Riv. di artiglieria XVI, 391, Guglielmotti, *Fortificazioni* 323. El testamento de P. Mochi se halla en Gori, *Archivio VI*, 111 ss. *G. M. della Porta, en 21 de Septiembre de 1537 (*Archivio público de Florencia*) notifica el llamamiento de un «fra de Modena» por causa de las fortificaciones. La casa de Mochi (cf. Adinolfi, Canale 20) aun se conserva hoy día en la Via Coronari, n.º 148, sobre las ventanas se lee: P. de Mochis Abbr. Ap.; sobre la entrada: *Tua puta que tute facis*.

(3) V. Lanciani, *Scavi II*, 98 s.

(4) V. Rocchi 248. Las *Ephem. que hay en el Cod. Vat. 6978 anotan para 1537: *Per totum hunc Augusti mensem fuerunt Romae sex mille pedites Itali et incepta est fortificatio urbis. Bibliotheca Vaticana.*

á Roma: el conjunto, coronado por una quinta edificada más tarde, tenía entonces un carácter todavía más pintoresco, por cuanto faltaba el fondo de la nueva construcción de San Anselmo (1).

Al mismo tiempo que los trabajos del Aventino se emprendieron los encaminados á asegurar el trecho entre la Porta S. Paolo y la Porta S. Sebastiano. Allí se derribó, en un trayecto de 400 metros, la muralla de Aureliano. En este paraje, cuatro colosales bastiones debían, en adelante, hacer imposible cualquiera ataque; pero sólo uno quedó enteramente acabado en los años 1537 á 1542, casi en medio de las puertas mencionadas, junto á la antigua Porta Ardeatina. Este bastión, que recibió el nombre de Antoniano, por las termas de Marco Aurelio Antonino Caracalla, situadas detrás de él, se conserva todavía actualmente, y se distingue de una manera muy notable sobre los antiguos muros de los cuales arranca. Las altas murallas de ladrillo se hallan divididas, por una faja de piedra, en dos partes, mayor la de abajo que la de arriba, y en las anchas troneras, que permiten á los cañones disparar de frente y hacia los lados, crecen ahora espesos matorrales. Arriba, en el resalto más hacia el sud, se pusieron las colosales flores de lis del escudo del Papa Farnese, coronadas por la tiara y las llaves; y á la izquierda de aquella profusamente adornada obra de la escultura de entonces, cuyo blanco mármol se ve resplandecer desde muy lejos en la Campagna, hallaron lugar, en tamaño menor, las armas del Senado y Pueblo romano (2).

En las construcciones mencionadas se gastaron no menos de 44,000 ducados, los cuales se recaudaron en parte por medio de un impuesto sobre los cereales (3), y es fácil calcular que, de haberse continuado de aquella manera, ni el tiempo del reinado del anciano Papa, ni los recursos pecuniarios que tenía á su disposición, hubieran bastado para llevar al cabo la fortificación del

(1) El baluarte La Colonnella ha pasado á poder de los benedictinos de S. Anselmo, los cuales en 1905 hicieron llenar de tierra las casamatas. La paga para Mastro Lorenzo di Ludovico scultore fiorentino se halla en Gori, Archivio VI, 223.

(2) Al lado derecho se halla el pequeño escudo del cardenal camarlingo, Guido Ascanio Sforza, rodeado de lirios. El escudo del Papa es mucho más hermoso y está mejor conservado que el que hay en el Aventino. Un diseño muy insuficiente del baluarte hay en Clausse II, 337, uno mejor en la revista *Emporium* XXIII (1906), 295.

(3) Rocchi 249. Sobre este impuesto, v. también Dittrich, Contarini 348.

cinturón de murallas de la Ciudad que se extiende tanto en la ribera izquierda del Tíber. Un entendimiento práctico como el de Paulo III no podía, en manera alguna, negarse á la evidencia de que el gigantesco plan de su arquitecto superaba con mucho las fuerzas de su Estado; por lo cual se resolvió á reanudar el proyecto de Nicolao V (1) y no fortificar sino la Ciudad Leonina, en la cual podían, en caso de necesidad, hallar refugio aun los habitantes de la ribera izquierda (2).

Por eso se suspendieron los trabajos del Aventino y de la Porta Ardeatina (3), los cuales, aun no terminados, son un eminente monumento de la arquitectura militar italiana del siglo XVI, que por desgracia se halla ahora abandonado en parte á una lamentable ruina (4).

La fortificación de la Ciudad Leonina, resuelta en Noviembre de 1542 (5) se comenzó el 18 de Abril de 1543 y se continuó trabajando en ella hasta la muerte del Papa (6). La segunda ciudadela que se había de levantar en los Prati, en el distrito del actual Palacio de Justicia, no se emprendió todavía al principio, por cuanto aquella parte parecía antes suficientemente defendida por el castillo de Santángelo. Por esta razón la actividad de Sangallo se concentró principalmente, en los años 1543 á 1545, en aquella parte débil del Borgo, donde se levanta el Monte di Santo Spirito, entre el Vaticano y el Janículo. Colocáronse allí tres bastio-

(1) Cf. nuestros datos del vol. II, p. 172.

(2) Cf. Jovius, Hist. I. 43.

(3) En Abril de 1542, se interrumpieron los trabajos en la Porta Ardeatina, donde por lo demás, quedaba acabado completamente el baluarte Antoniano; en el baluarte Colonnella se habían suspendido los trabajos ya en Septiembre de 1539; junto á S. Saba se había cesado ya de trabajar por Enero del mismo año (v. Rocchi 248).

(4) Las quejas que en este respecto ha expresado Rocchi (p. 356 s.) y después de él también Lanciani (Scavi II, 100), son muy justificadas, pero no han producido resultado. En la «nueva» Roma se derrocha el dinero más bien en momentos de grandezas desconocidas que en conservar la herencia transmitida por los antiguos.

(5) Esta fecha hasta ahora desconocida se saca de la relación de N. Sernini de 16 de Noviembre de 1542, publicada por Solmi, Ochino 55. Cf. además la *relación de L. Tolomei, fechada en Roma á 10 de Diciembre de 1542, en la cual se lee: *S. B^o ha ordinato che il S. Aless. Vitelli venga per dare il disegno a la fortificatione del palazzo et del Borgo. *Archivo público de Sena*.

(6) Cf. Rocchi 259 ss., 277 s. La suma de los gastos para estos trabajos de la orilla derecha, se calcula aquí en 35000 escudos. Adriani (I, 287) menciona las contribuciones impuestas para este fin.